

51



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año II PARAMOUNT 25
N.º 51 Cts.
EDICIONES BISTAGNE
PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

MAN POWER 1927

El hombre que triunfó

Interesante comedia interpretada por

MARY BHIAN, RICHARD DIX,
PHILLIP STRANGE, CHARLES HILL MAILES,
OSCAR SMITH, etc.

2929

Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

El hombre que triunfó

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Tom Roberts, un hombre típico de la ciudad, buscaba solaz en las bellezas de la naturaleza y en lo novelesco del viajar, con un pequeño grupo de amigos... en un vagón particular.

Soltero... y solo en la vida, nada podía sujetar a Tom en un sitio o empleo determinados, y andaba de la Ceca a la Meca, sin billete de ida y vuelta.

El tren en que viajaba aquél día recorría lugares despoblados, y en uno de ellos, dijo Tom a sus compañeros:

—¿Qué hay ahí? ¿Otra aldea abandonada?

—Seguramente. Por aquí no hay más que eso.

—¡Qué desolación! ¡Polvo y silencio! ¡No me quedaría aquí cinco días ni por cinco millones de pesetas!

Pero he aquí que de pronto vió Tom algo que llamó extraordinariamente su atención. El tren se había detenido unos momentos para dejar pasar el expreso, y entre las vías por las que dicho expreso iba seguidamente a deslizarse se paró bruscamente un automóvil guiado por una lindísima señorita.

—¿Qué le había ocurrido a ésta para tener allí el coche?

Y el tren se iba acercando vertiginosamente.

Alarmado Tom avisó a gritos a la señorita, pero ésta, al parecer, no le entendió, pues no se movió de allí... o no podía moverse.

Entonces Tom, para salvar la vida de la ocupante del automóvil, saltó del tren de mercancías en que él iba y apresuróse a alcanzar a la señorita, a quien dijo, viendo como el expreso se les iba a echar encima:

—¡Dele toda marcha al coche o no va a quedar ni la bocina para contarlo!

Pero la señorita no se movió, mirando con extrañeza a Tom, y éste, de más en más aterrado empujó el coche con todas sus fuerzas para sacarlo de las vías de peligro... y cuando lo hubo logrado se quedó perplejo al ver que el expreso se desviaba a

pocos metros de donde estaba antes el "auto".

—¡Esta sí que es buena! — exclamó.

La señorita se echó a reír y se alejó tranquilamente en su coche, mientras Tom, viendo que "su" tren reanudaba la marcha, corría a reunirse con sus compañeros, a quienes encontró jugando aún a los naipes, sin haberse dado cuenta de su ausencia.

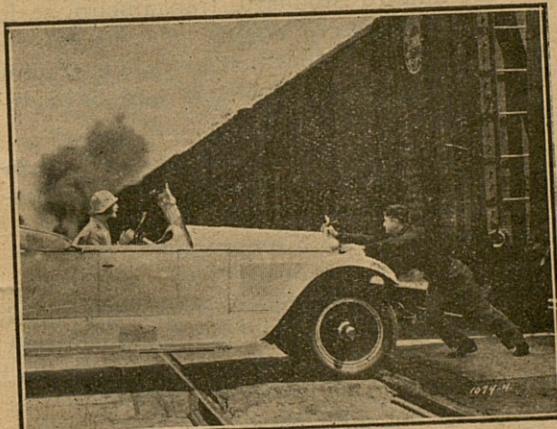
Desde el vagón... particular — reservado a los viajeros de matute — contempló a la señorita del "auto" y vió que ésta se volvía una y otra vez y le sonreía. Y convencido por las sonrisas de la gentil mujercita, Tom cambió de opinión acerca de la aldea hacia la que ella se dirigía, y sin vacilar, despidiéndose... a la francesa de sus camaradas, volvió a saltar del tren y encaminóse hacia la población, con la esperanza de volver a ver a la mujer que él había salvado... sin necesidad de salvación.

—¡Aventura a la vista! ¡Tom, te llaman! — se dijo el simpático joven.

Judson Stoddard era el dueño de la "Compañía de Maquinarias Stoddard", or-

gullo de "Valle Tranquilo", que así se llamaba la aldea.

Stoddard se hallaba en su despacho hablando con un representante de otra Compañía que tenía puestos sus ojos, con gran interés, en la suya.



...empujó el coche con todas sus fuerzas.

Stoddard no estaba dispuesto a vender su negocio, y para jugarse la última carta en aquel asunto el citado representante se decidió a decirle:

—Stoddard, el fracaso de su tractor lo tiene entre la espada y la pared. Debería

aceptar, créame, la oferta de la Consolidada.

Pero Stoddard, muy digno, le repuso:

—Diga usted a su gente de la Consolidada que mis tractores podrán ser un fracaso... ¡pero yo no lo soy!

—Le admiro Stoddard, francamente se lo digo. Usted merece crédito por sus esfuerzos. Nunca ha sido construído un tractor de más de quince toneladas que haya tenido éxito.

—Mire usted, Smith... Como un favor especial le suplico que jamás vuelva a nombrar la palabra tractor en mi presencia...

—Bien... bien... Comprendo... Es natural...

En aquellos momentos, enojosos para el señor Stoddard, llegó a las oficinas su hija Alicia — que era la señorita del "auto" —, quien preguntó al gerente, Randall Lewis:

—¿Está por aquí papá?

Lewis, que ansiaba casarse con Alicia, le respondió, afablemente, disponiéndose a acompañarla en la espera:

—Sí, señorita Alicia... Está en su despacho, pero con una visita muy importante...

—Le aguardaré, pues, por ahí...

Y se escapó hacia el patio de la fábrica, comprendiendo que el gerente quería co-

serse a sus ropas como siempre que tenía ocasión de verla.

Poco después que Alicia presentóse Tom ante el gerente, quien le observó de pies a cabeza con desdén, considerándole un vagabundo o poco menos, por su porte de descamisado.

—¿Qué busca usted por aquí? — le preguntó hostilmente.

—Nada más que trabajo, señor, y le agradecería que me lo diese.

—Me parece que usted padece de la visita... ¿No ve que esta no es la entrada de los operarios?

—Dispense el amigo... Como uno no está enterado... he preguntado. ¿No sabe usted que preguntando se va a Roma?

—Mal camino ha tomado usted para ir tan lejos.

—¿Está usted seguro de que no llegaré?

—¡Y a mi qué me cuenta, hombre!

—¡Nada, señor, nada! Ya veo que es usted expeditivo.

Y Tom, murmurando contra el insociable gerente, se internó por el patio de la fábrica, como empujado por un resorte hacia los tractores que evidenciaban su inutilidad yaciendo allí como cadáveres de cuerpo presente.

El señor Stoddard, en tanto, meditaba so-

bre la entrevista que acababa de celebrar con el representante de la Consolidada; y éste, al salir de su despacho, hizo una seña al gerente y se vió con él fuera de las oficinas.

—¿No ha conseguido usted tampoco esta vez convencerle? — le preguntó el gerente.

—No hay manera, por ahora... Pero no me desanimo... — respondió el representante de la Consolidada. — ¿Está usted seguro de que no habrá quien haga trabajar a sus tractores?

—Yo le hecho lo que he podido por el negocio. ¡Cuando estalle la bomba, recuerde usted lo que me tiene prometido!

—No lo olvidaré, amigo Lewis. La recompensa estará en relación con el servicio prestado, no le quepa la menor duda.

Tom examinaba atentamente uno de los tractores abandonados en el patio, y de súbito se le acercó un negrito mirándole con extraordinaria curiosidad.

¿Le confundía también con un vagabundo y pretendía echarlo de allí, para que no se enamorase de ninguna pieza vendible?

Todo lo contrario, pues le conocía, es decir, le parecía que le había tratado mucho en otros tiempos; y para asegurarse de ello le dijo resueltamente:

—Perdóname, mi jefe... ¿No es "usted" el capitán "Acelerador" Roberts, del Cuerpo de Tanques?

Tom sorprendióse a su vez y, reconociendo al negrito, contestó, alegremente:

—¡Pero si este es mi amigo "Veneno"!

—¡El mismo, Capitán!

—¡Qué casualidad, hombre! Y ¿qué haces aquí?

—¡Pues resulta que estoy cuidando de este sitio!

—¿De los tractores? ¡Te felicito! ¡Estás en tu elemento!

—¡Sí, Capitán! Y soy muy feliz. ¡Siempre que contemplo a mi "Gran Bebé"... pienso en "usted"!...

—¡Está ya tan lejos aquello!...

—Pero yo no lo olvidaré nunca... ¡Si "usted" no hubiera "estao" allí... yo no estaría aquí!

Tom enmudeció y recordó el pasado...

Lá Gran Guerra le transformó en capitán... Al mando de una sección de tanques asaltó una aldea ocupada por el enemigo, y durante el ataque vió caer herido a "Veneno" y presenciando los esfuerzos que éste hacía para librarse de la muerte y de caer en poder de los contrarios, detuvo su carro de asalto, apeóse del mismo y recogió al herido... Desde aquel día "Veneno" no se

separó más de su salvador... hasta que el Armisticio los reintegró a sus respectivos puestos de residencia.

Pero, hombre agradecido, "Veneno" no se olvidó nunca de que Tom le había salvado la vida, y estaría dispuesto a sacrificársela.

Mientras hablaban cariñosamente, "Veneno" se interrumpió y dijo a su ex Capitán:

—¡Ahí viene la hija del señor Stoddard! Tom miró en dirección a una primorosa joven y su corazón dió un salto en su pecho. ¡Era Alicia! ¡Y se acercaba a él! ¡Qué suerte!

En efecto, la agraciada señorita, que se paseaba por el patio, había visto a Tom y deseaba hablarle.

Emocionado, el aventurero descubrió ante ella y le sonrió.

Alicia le dijo, sonriente también... y aca-
so un poquito burlona:

—Deseo dar a usted las gracias por ha-
berme salvado la vida... aun cuando yo no
corría peligro alguno.

—Yo no sabía...

—Precisamente por eso le estoy agra-
cidísima... Usted me salvó creyendo que
corría peligro de muerte...

—Usted hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

—No sé... Hay que ser valiente para ex-
poner la vida por la de los demás.



¡Era Alicia!

—¡Bah! Hay cosas que se ejecutan sin
reflexionar...

—Lo que no me explico es cómo ha lle-
gado usted aquí tan pronto. Hace poco me

pareció verle salir de la población... en su coche reservado.

—Sí, es cierto... pero este paraje me atrajo sobremanera... ¡Una pequeña ciudad tan llena de vida! Y decidí quedarme, y...

—¿Y trabajar en tractores?

—Eso es: trabajar en tractores. Es mi especialidad.

—¿De veras? Nada me agradaría tanto como verlos triunfar. ¡Qué alegría que mi padre pudiese lanzar al mercado el primer tractor de dieciseis toneladas!

—Me gustaría intentarlo...

—Otros lo probaron ya y fracasaron.

—Con insistir un poco más no se perdería nada...

—Ya se lo diré a papá... A propósito, mírele usted... Viene hacia nosotros...

El señor Stoddard, extrañado de que su hija hablase con un desconocido cuyo aspecto no era el de un potentado... ni cosa parecida, aproximóse a su hija y trató de llevársela consigo a su despacho; pero Alicia, presentándole a Tom, le dijo:

—¡Papá, aquí hay alguien que desea trabajar en tus tractores!

Esta noticia no podía serle comunicada al preocupado señor Stoddard con menos oportunidad, en peor momento, y con fina

ironía, que dejó atónitos a Tom, a "Veneno" y a la propia Alicia, repuso:

—¡Magnífico! ¡Lo celebraremos con un día de fiesta para los niños de la escuela y con misas en todas las iglesias!

Y tras estas palabras se apartó con Alicia del iluso que pretendía arreglar sus tractores.

**

Al quedar solos Tom y "Veneno", el primero dijo al segundo:

—Me parece que ni el mismo dueño tiene confianza en estos tractores. Lo que acaba de decirme encierra más dolor que burla... ¿no te parece?

—Sí, Capitán... mucha amargura, porque hundió medio millón en ellos... y no valen ni un ochavo.

—¡Qué lástima! Pero a mí me parecen robustos y los examinaría con mucho cariño.

—Una recomendación de la señorita Alicia bastaría para que le diesen empleo...

—Preferiría obrar por mi cuenta. De modo que, "Veneno", me parece que trabajaremos de nuevo tú y yo en los tanques.

—Cuánto me alegraría, Capitán, de que

usted venciera en lo que todos han fracasado!

—¡Quién sabe, "Veneno"! ¡Figurate el empeño que pondré en triunfar... por esa preciosa muchacha!

—¡Ah! ¿Se enamoró usted de ella, Capitán?

—¿Te extrañaría que así fuese?

—La verdad es que vale un Perú. ¡Animó, pues, Capitán!

Tom no quiso pedir ninguna colocación, y trabajaba, a ciertas horas, con fe en los tractores arrinconados por inútiles.

Al cabo de cuatro semanas había subsanado en el mecanismo una serie de pequeños errores, pero no había encontrado aún el defecto principal que les impedía funcionar con un peso de dieciseis toneladas.

Pero estaba muy animado, y, deseando ver a Alicia fuera de la fábrica, se paseó por la población, buscando por todas partes su automóvil, pues por éste sabría dónde ella estaba.

Y sus pesquisas fueron coronadas por el éxito, viendo al coche detenido al pie de un establecimiento de música.

Arreglóse la corbata, estiróse las solapas

de su americana, y entró en la tienda, acercándose lo más posible a Alicia, que no le vió.

La inspiradora mujercita deseaba adquirir un ejemplar de una romanza que se había hecho popular, y Tom una canción que parecía escrita a propósito para él.

Muy cerca de Alicia, Tom preguntó a la empleada:

—Deseo "¿Quién me quiere a mí?"

—Lo siento, señor, pero no hay ningún ejemplar — le contestó la dependienta.

Alicia decía en aquellos momentos a otra empleada:

—¿Tiene usted "Solita"?

La dependienta buscó en un estante, y al poco respondió:

—Está usted de suerte. Este es el último ejemplar que nos queda.

—Muchas gracias.

Tom oyó esa contestación, y preguntó entonces a la empleada que le atendía:

—Un ejemplar de "Solita", ¿me hace el favor?

—¡Oh, señor! ¡Cuánto lo lamento! Esa señorita acaba de adquirir el que quedaba.

Alicia, al verse aludida, se volvió a Tom y su sorpresa fué tan grata como extraordinaria al reconocerle... de otro modo.

—¿Es usted, señor Roberts? ¡Qué casualidad!

—¡Oh, sí! ¡Qué agradable sorpresa!

—Le pido mil perdones por haberle de-

jado sin el ejemplar de "Solita" que deseaba.

—Usted fué la primera, y aunque no lo hubiese sido, muy gustoso se lo hubiese yo ofrecido a usted.

—Muchas gracias.

—Pero, francamente... me gustaría ~~oir~~ esa romanza...

La empleada que atendía a Alicia le oyó y apresuróse a decirle:

—Yo se la haré ejecutar por nuestra pianista.

Y fué a entregar la partitura a dicha señorita, quien la tocó seguidamente.

La idea de Tom se venía abajo por la intromisión de la empleada, y para salirse con la suya, dijole a Alicia:

—¿No le parece a usted una tontería ejecutar "Solita" delante de tanta gente?

—Sí... Esa romanza ha de tocarse en un ambiente más adecuado...

—¡Cuánto siento que no haya un piano en la casa de huéspedes donde resido!

Alicia palmoteó y repuso, encantada:

—¡Se me ocurre una cosa! Vamos a mi casa. ¡Yo la tocaré en mi piano!

—No quisiera causarle tanta molestia, señorita.

—No es molestia, sino todo lo contrario.

—En tal caso...

Y se marcharon, dejando a la pianista del establecimiento tocando la romanza y,

lo que era peor, sin la partitura. ¡Tenían tanta prisa en llegar a casa de Alicia!

Al entrar en el hogar les vió el gerente de la fábrica, cuya antipatía por Tom creció al verle en compañía de Alicia, a uno de cuyos lados se puso hasta el salón, colocándose Tom al otro lado.

Alicia presentó a los dos hombres, y el gerente dijo a Tom, cuyo porte era verdaderamente señoril, gracias a la ayuda que le prestaba su hermano mayor, que le hacía las veces de administrador de los bienes de sus difuntos padres:

—No esperaba tener el "placer" de conocer al señor Roberts... "socialmente".

Y Tom le replicó, tratándole con el mismo desdén:

—¡Lo mismo me ocurre a mí, señor Lewis!

Requerido por el señor Stoddard, que estaba en el despacho de su casa, Lewis tuvo que separarse de Alicia y Tom, quienes fueron al salón, donde Alicia sentóse al piano para tocar "Solita".

Pero ...

—¿Dónde está la música? — preguntó Alicia.

—Tiene gracia! ¡Deben estarla tocando todavía! — exclamó Tom, riéndose; y cogiendo al azar otra partitura, le dijo: — Esta canción es preciosa. ¿Por qué no la toca?

—Con mucho gusto.

A medida que ella tocaba Tom pulsaba también algunas teclas, y Alicia le preguntó:

—¿Toca usted el piano?

—No, no... Un poco... Nada...

Entretanto, el señor Stoddard hablaba con el gerente Lewis en su gabinete de trabajo, y le mostró la siguiente carta:

“Compañía de Riegos y Fuerzas Hidráulicas.

Edificio del Lago.
Chicago, III.

Estimado señor Stoddard.

Salgo hoy para California. Llegaré a Valle Tranquilo el sábado por la tarde, y hablaremos de su situación.

Si la fábrica se encuentra en buenas condiciones, creo que no habrá dificultad alguna en concederle el préstamo.

Sinceramente suyo,

Jaime Martin.”

Y dijo el gerente:

—Jaime Martin... ¿El que facilitó el capital para la represa de Valle Tranquilo?

—Sí... Es un viejo amigo... y creo que me ayudará.

Lewis frunció el ceño y añadió:

—¿Le ha hablado usted acerca de sus tractores?

—¡Tractores... tractores y tractores! ¡No oigo hablar de otra cosa! ¡Le suplico no me los vuelva a nombrar!

Y Lewis calló, escuchando, lleno de celos, la música que tocaba Alicia... con Tom a su lado.

Pero éste también tocaba, de vez en cuando, y Alicia le volvió a preguntar, comprendiendo cada vez más que Tom era un hombre muy distinguido:

—¿Toca usted el piano?

—No, no...

—¡Este es mi Día Feliz! — cantó Alicia. Y Tom, maravillado, exclamó:

—¡Tiene usted una voz muy dulce!

—Yo canto en el coro... pero es fácil que sea porque todos los años regalo a la iglesia un árbol de Navidad.

—Las Navidades están ya muy cerca. ¿Eligió ya su árbol?

—Todavía no.

—Si gusta la acompañaré a escogerlo. ¡Soy uno de los mejores leñadores de California!

—¡Acepto!

Ella seguía tocando, y Tom, no pudiendo disimular más que sabía tocar, sentóse a su lado y tocaron a cuatro manos, cantando, a dúo: “¡Este es mi Día Feliz!

A juzgar por sus cantos, sin medias tintas, se creían solos en el mundo, y, de pronto, el señor Stoddard y Lewis presentáronse ante ellos, interrumpiendo la agradable reunión...

—¿Quién es ese advenedizo, rompeteclas, que está metiendo tanto ruido en mi casa?

— preguntó el padre de Alicia al gerente, por Tom, antes de entrar en el salón.

Y Lewis, lleno de odio, contestó:

—Los muchachos de la oficina dicen que llegó aquí en un furgón.

—Pues ya verá usted cómo le trato para que no le queden ganas de volver.

Como ya los presentara un mes atrás, Alicia confiaba que su padre saludaría afectuosamente a Tom, y se disgustó al ver su frialdad.

Tom, apenas vió al señor Stoddard, le alargó la mano, que no fué aceptada..., y le dijo, creyendo asombrarle:

—Señor Stoddard, después de cuatro semanas de estudio, he encontrado algunos de los defectos de su tractor. En primer lugar, las transmisiones... En segundo lugar...

Irritadísimo porque le hablaban de los malditos tractores, el dueño de los mismos le interrumpió sin contemplaciones.

—Joven, ¿quiere usted hacerme el favor de cuidarse de lo que le importe?

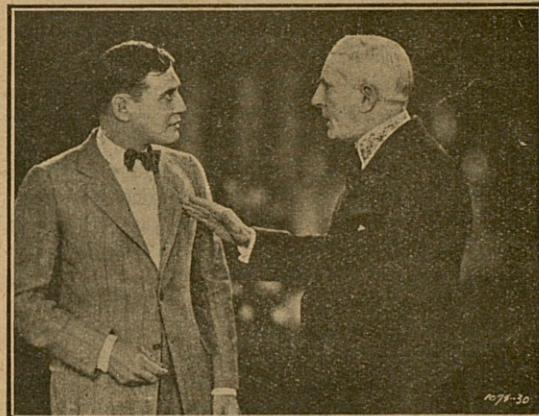
Y le dejó plantado y boquiabierto, marchándose con Lewis, que se volvió a mirar burlonamente a Tom.

Alicia estaba consternada.

—No sabe cuánto lo siento. Ya ve usted, papá gastó una fortuna en esos tractores... y se caen a piezas por el camino. Todo el mundo se ríe de ellos... y de él.

—Lo siento, señorita... Sólo quería ayudarle.

—Ya sé que usted no es de los que se ríen de él, sino un buen amigo... y por eso



—Joven, ¿quiere usted hacerme el favor de cuidarse de lo que le importe?

lamento que le haya tratado con tanta dureza.

—No se preocupe, señorita... Me hago cargo de todo y doy por bien empleados todos mis desvelos... si usted confía en mí...

—Yo creo que usted no habla por hablar...

—Pues eso me basta para seguir adelante en el plan que me he trazado.

*
*

Alicia y Tom siguieron viéndose, pero no en casa de ella, sino fuera, en lugares apartados.

Y el sábado por la tarde, tercera cita de la semana, Alicia se impacientaba esperándole desde hacía cuarenta y cinco minutos.

Su padre la vió y suponiendo que le estaba esperando a él le dijo:

—Tengo que entrevistarme con Martín esta tarde... Escoge tu árbol, hija mía... Yo dispondré luego el acarreo.

Y, cansada de esperar, Alicia se marchó.

Tom había estado ocupado hasta aquel momento en el "Gran Bebé", sobre el que hacía sus experimentos, y al consultar la hora ahogó una exclamación, pues comprobó que se había retrasado... como las veces anteriores.

Vistióse en un santiamén, sentóse ante el volante del tractor, para ensayarla después de sus últimas reparaciones, y con varios operarios amigos encaminóse hacia el bosque.

Como no encontró en el lugar de la cita a Alicia, comentó:

—Apostaría que ya está en la represa. Tomaré prestado el "auto" del capataz, y ustedes, muchachos, me encontrarán después donde hemos quedado.

Al poco llegó donde se hallaba Alicia, y fué recibido por ella con una morriña de pronóstico grave...

—¡Tarde otra vez! Supongo que traerá usted preparada la excusa de reglamento: ¡Trabajando!

—¡Pues sí he estado trabajando!

—No ha podido ser en nada muy importante. La fábrica se cierra los sábados a mediodía.

—Yo le aseguro...

—De todas maneras, no crea que me importa.

—¿Que no le importa?...

—No, no me importa... ni un poquito.

—¿De veras? ¡Alicia, mi amor!

—No, no, no...

Iba a repetir "no" hasta el día siguiente, pero Tom, estrechándola entre sus brazos, la ahogó con sus primeros besos en los labios...

La partida estaba ganada, y por si la dicha de Alicia fuese poca, ella vió, con alborozo, un hermoso árbol de Navidad cargado en un tractor.

—¡Es mi árbol de Navidad! ¡Qué alegría! — exclamó. — Pero... ¡es un "Gran Seis"! ¡Cómo llegó eso hasta aquí?

Tom sonreía, orgulloso de su triunfo, y

Alicia, comprendiendo, arrojóse en sus brazos, diciéndole:

—¡Tú lo hiciste, Tom! ¡Oh, sí! ¡Has estado trabajando!



—¿Qué no le importa?

Y corrieron a reunirse con los operarios que se encargaran de cortar el árbol y cargarlo en el tractor, que condujeron, de acuerdo con Tom, hasta allí, por terreno difícil.

Al llegar, dijo Tom a los ayudantes:

—¡Muchachos, les he traído algunos cigarrillos!

Pero al ir a dárselos vió que estaban des-

hechos... a causa de los abrazos que dió a Alicia.

Y las risas fueron generales.

Alicia estaba radiante de felicidad. ¡Qué contento se pondría su padre cuando viese funcionar el "Gran Seis"!

—Regresa conmigo — le dijo Tom, sentándose ante el volante, después de dejar libres a los operarios que le prestaron su cooperación — ¡Vamos a enseñar a todo el valle lo que el "Gran Seis" puede hacer!

**

El señor Stoddard celebraba la importante entrevista convenida con el señor Martín, quien estaba dispuesto a recomendar el préstamo que aquél solicitaba, si los créditos eran buenos.

El señor Martín examinó el inventario y el balance, y al fijarse en la cuenta de los tractores, comentó:

—¿Qué es esto? Más de la mitad del capital dedicada a la fabricación de tractores? ¡No he visto ninguno en el mercado!

Lewis sonrió, viendo por tierra las últimas esperanzas del señor Stoddard, pero éste supo disfrazar el fracaso, diciéndole al señor Martín:

—Sólo hemos estado haciendo pruebas con ellos.

—¡Si puede usted fabricar con buen éxito un tractor de dieciseis toneladas, no se necesita una garantía mejor!

Alicia decía en aquellos instantes a Tom:

—¡Por favor, vamos por la Avenida de los Pinos! Sería horrible que ocurriese algo...

—No temas, amor mío... iremos directamente por la calle Mayor. Voy a demostrar a esta gente que tu padre ha construido un verdadero tractor.

Y cuando el "Gran Seis" entró en el poblado, la gran mayoría de sus habitantes corrió a ver aquel milagro.

Entre los espectadores se hallaban, casualmente, el señor Stoddard, el señor Martin y Lewis; y el segundo, sorprendido, dijo al primero:

—¡Cómo, Stoddard! ¡Es uno de sus tractores!

El buen hombre no volvía de su asombro.

—Ha sido usted demasiado modesto, Stoddard — prosiguió el señor Martin — Una buena demostración práctica como esa será la sensación del año en la industria.

Un escéptico dijo a un grupo de amigos:

—¡Veréis cómo revienta el cachivache ese!

Y como al conjuro del anatema el tractor paróse, saltaron las cadenas y quedó demostrada una vez más su inutilidad.

Lewis, mientras Alicia y Tom se desesperaban, sopló al oído del señor Martin:

—¡Y pensar que tiene medio millón invertido en eso!

Todo el entusiasmo del señor Stoddard



Y cuando el "Gran Seis" entró en el poblado...

se transformó en furor ante la nueva rrota.

Al verle ir a su encuentro, Alicia y Tom palidecieron.

—Joven — dijole a Tom —, una vez le advertí que se cuidara de usted y dejase solos a mis tractores. ¡No quiero verle cerca

de la fábrica y todo lo lejos que pueda de mi casa y de mi hija!

Alicia descendió del tractor y siguió, dolorida, a su padre, a quien el señor Martín manifestó, desalentándole:

—¡Si es en eso en lo que invierte usted el dinero, no hay que hablar del préstamo! Me apena no haber podido hacer nada... y ya que estoy aquí voy a inspeccionar la represa.

La gente, incomprensiva, cruel, se burlaba de Tom en sus propias narices, pero por fortuna, una lluvia torrencial la obligó a dispersarse en busca de cobijo, y al quedar solo Tom, en el "Gran Seis", "Veneno" se le acercó y, compungido, le dijo, tratando de consolarle:

—Mi Capitán... nadie los ha "podido hacé trabajá..." ¡Ni "usted" mismo!

Y Tom curvó, afligido, la cabeza sobre su pecho...

**

La Nochebuena llegó al final de una semana de continua lluvia... pero la tristeza del tiempo no se reflejaba en el interior de la iglesia del Valle.

Para Tom y "Veneno" la Nochebuena era otra noche de trabajo!

Tampoco había fiestas de Pascuas para los incansables trabajadores de la represa, que estaba situada a la cima de la población y que no podía sostener ya la presión que causaron las lluvias.

La única manera de evitar una catástrofe era abriendo una salida por un cerro, para que las aguas derivasen hacia la Ensenada del Lobo.

—En efecto, señor Martín — dijo a éste el capataz de las obras, — pero nuestra provisión de dinamita se está acabando.

—Pedí más por teléfono hace ya una hora. Los camiones debían haber llegado ya.

Tom había podido cambiar las transmisiones del tractor y estaba seguro de que con las nuevas el "Gran Seis" haría un buen papel.

Y como los camiones pedidos por el señor Martín no pudieron, una vez cargados, salir del valle, por hundirse en el lodazal de las pertinaces lluvias, Tom, que se enteró del grave peligro inminente que se avecinaba con la amenaza de desplomarse la represa si no se desviaba el agua a tiempo, no titubeó en poner a prueba, nuevamente, al tractor, y enganchó a éste los tres camiones con las provisiones salvadoras y desesperadamente pedidas por el señor Martín.

La situación en la represa se hacía por momentos más trágica. La hecatombe estaba próxima y un enviado del señor

Martin fué en "auto" a dar el grito de "sálvese quien pueda" a todo el Valle.

Y mientras el "Gran Seis" iba avanzando por el empinado y difícil camino como si se diera cuenta de que su oportuna llegada a la represa salvaría muchas vidas, el pánico cundía por doquiera, desarrollándose las más desgarradoras escenas.

En el interior de la iglesia Alicia hacía las delicias de los pequeñuelos con su grandioso árbol de Navidad repleto de juguetes, y la voz de alarma hizo huir a todos para ponerse en salvo.

El señor Stoddard dijo a su hija, dejándola al pie del automóvil, para que huyese hacia otros lugares no amenazados por la inminente inundación:

—Voy por la vereda hasta la represa.

—¡Yo te acompañaré! — respondióle la animosa joven. — ¡No voy a permitir que vayas solo!

Y, juntos, se precipitaron, llenos de angustia, hacia la represa, en tanto que Tom y "Veneno" gritaban, esperanzados y casi llorando de alegría:

—¡Así, "Gran Seis", así! ¡Adelante!

Se volcó el tercer camión y Tom lo separó de los demás para no interrumpir la marcha, y cuando el señor Martin ya lo daba todo por perdido, los reflectores del tractor le hicieron recobrar ánimos.

—¡Es la dinamita! — gritó el capataz. — ¡Salvados! ¡Salvados!

Todos los obreros lanzáronse al encuentro del tractor que arrastraba los camiones, y vaciaron éstos de sacos de arena y dinamita, mientras el señor Martin corría a abrazar a Tom.

Pero el capataz, señalando un boquete que acababa de formarse en una parte de la represa, dijo cerca de Tom:

—¡Si no podemos tapar en seguida esa brecha, toda la dinamita del mundo no salvaría la represa!

Eso fué un nuevo llamamiento al valor de Tom, quien empuñando de nuevo el volante del tractor, separado de los camiones, arriesgó su vida para tapar con el "Gran Seis" la peligrosa brecha.

Alicia y el señor Stoddard presenciaron, asombrados, la magnífica proeza de Tom, y cuando al salir de la brecha, el héroe se cayó al agua, la enamorada se desmayó creyendo que lo había perdido para siempre.

Pero Tom fué salvado, y mientras se se caba en una cabaña, Alicia fué a implorarle perdón por su desvío desde el día de su fracaso en plena calle Mayor del Valle.

Y gracias al heroísmo y al talento de Tom, el Valle se salvó y fueron rehabilitados los tractores del señor Stoddard, de los que ya nadie se reiría.

Se organizarían grandes festejos en su

honor... pero lo que mayor alegría podía producirle le fué concedido inmediatamente: la mano de Alicia.

Los dos jóvenes se abrazaron con ternura, proclamando el triunfo de su amor, mientras Lewis se daba a todos los demonios por su definitiva derrota y el señor Stoddard le decía al señor Martin:

—Siempre me fué muy simpático ese chico, y, ya lo está usted viendo: le he escogido para verno...

FIN

Acaba de ponerse a la venta, en las selectas
EDICIONES ESPECIALES
de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATGRÁFICA
la preciosa novela

RAMONA

DOLORES DEL RIO WARNER BAXTER
Es una joya de «Los Artistas Asociados»
52 fotografías Magnífica portada

EXCLUSIVA DE VENTA
Sociedad General Española de Librería
Barbará, 16 BARCELONA
Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID

1

0 90

2

0 50

0 75

1

1

5

~~12 15~~

B.